

# Una exposición digna de encomio

Alfredo Nisse



Reproducida de *Revista de Revistas*, México, 22 de marzo de 1931. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM

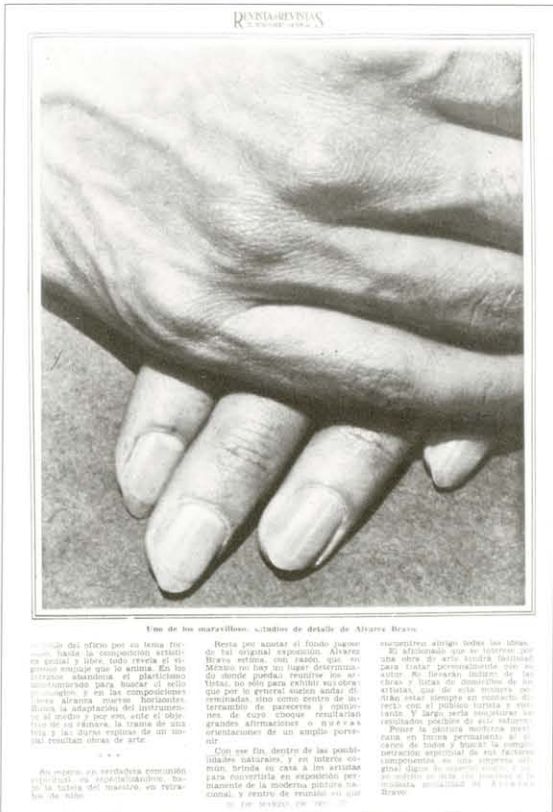
Verdaderamente grata y digna de encomio es la modesta Exposición Permanente de Pintura Moderna Mexicana que el simpático artista fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, acaba de abrir al público en su domicilio de Tacubaya —Gómez Pedraza 1004—. Y decimos modesta, no por la calidad de lo que en sí contiene, que bien pudiera adornar con aplauso los mejores salones, sino por la forma natural y sencilla en que se exhibe.

Algo de Diego Rivera extraoficial, del verdadero Diego; y algo muy excelente de Rufino Tamayo, Carlos Orozco, Lazo, Francisco Miguel, María Izquierdo, Carlos Mérida, Alfaro Siqueríos, Rosendo Salazar...

Obras del escultor Guillermo Ruiz... y tantos más; nombres en su mayoría de gente joven, pero que basta para fijar tipos de calidad en lo moderno.

No es, sin embargo, la valía intrínseca de esta lista de artistas, con ser mucha, la que hace digna de especial mención la original exposición de Álvarez Bravo. Cualquiera exposición, bien dirigida, puede ostentar sin dificultad firmas iguales. Lo verdaderamente nuevo, lo que espontáneamente arranca una alabanza es el espíritu, la orientación, la forma, la amplitud de criterio y, sobre todo, la finalidad artística y nacional que en ella se persigue.

En las naves severas de los museos, en el apinamiento obligado de las grandes exposiciones, y en los salones de los tratantes de arte, cuidadosamente preparados para la exhibición eficaz y productiva, el espectador sufre la inevitable subyugación que la presentación escénica da al ambiente. La sensibilidad del espíritu queda hábilmente preparada para



percibir el arte con cierto misticismo. La calidad se agranda como si fuera vista a través de una lente amplificante, y el conjunto fascina demasiado para poder justipreciar con ecuanimidad sus componentes.

Por eso, aunque la subyugación emotiva presta un realce indiscutible a la presentación de los objetos, siempre les resta algo de su valer individual, de la misma manera que el excesivo condimento o la gran profusión de los manjares resta sabor a un plato. Bajo el punto de vista gustatorio no hay duda de que el buen guiso casero se paladea mejor en casa que entre los esplendores de un banquete.

Algo semejante, en cuanto al paladeo artístico, sucede con la exposición de Álvarez Bravo.

Se saborea el arte al natural y sin afeites, como la belleza de una mujer hermosa al despertarse, tal vez desaliñada, pero primigenia e incintiva.

La naturalidad es uno de sus rasgos distintivos. Nada de luces especiales ni fondos calculados para lograr efectos de tonalidad. Sobre el discreto gris de las paredes, los cuadros penden desnudos de sus marcos casi todos, como si amigablemente quisieran decirnos: "Así somos".

Hasta el hecho de hallarse alejada del bullucioso centro de la ciudad, pero a un paso del Bosque de Chapultepec, es una pincelada más del carácter sencillo e ingenuo de esta exposición. Tacubaya es de por sí hospitalaria y bonachona, como quien vive en casa. Las calles cambian frecuentemente de nombre con la mayor tranquilidad, como que al fin y al cabo los que allí viven no necesitan saber el nombre de las calles para llegar a casa. La numeración, apuntada en pequeñas losetas de azul y blanco, suele saltar despreocupadamente, por no ser menos, del número 65 al número 1004, cuando sólo hay dos puertas de diferencia. Tacubaya vive en su casa amablemente.

Si la experiencia personal sirve de guía, la mía no pudo ser más agradable: salvada la ligera desorientación inicial que ofrece todo camino nuevo, lo demás ya fué fácil. Frente a la puerta jugaban dos mujeres con un niño. Los señores no estaban, pero se podía pasar a ver la exposición.

Ambas: Francisco Miguel, Manuel Álvarez Bravo, ca. 1930, y *Estudio de detalle*, reproducidos de *Revista de Revistas*, México, 22 de marzo de 1931. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM

# GALERIA DE ARTE

## Manuel Alvarez Bravo

MARTES-JUEVES-SABADOS DE 18 a 20 H.

Calle de Gómez Pedraza 1004

Tacubaya - México, D. F.

DIEGO RIVERA - ALFARO SIQUEIROS - AGUSTIN LAZO - JULIO CASTELLANOS - RUFINO TAMAYO - MARIA IZQUIERDO - ALVAREZ BRAVO - GUILLERMO RUIZ - FRANCISCO MIGUEL

Reproducciones fotográficas de la pintura moderna mexicana. Dils. 0.50 por copia

Gómez Pedraza 1004 - Tacubaya, Mexico.

*Contemporáneos*, México, febrero de 1931. Col. Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH

La sencilla escalera, adornada de cuadros y dibujos, todos originales, denota desde luego el hogar de un artista. Arriba se nos abre la puerta de un salón. No hay lujo. Los pisos recién barridos. En las paredes, cuadros, y en las esquinas tallas en madera. En un ambiente de modestia y lucha.

En un rincón hay dos estudios fotográficos que llaman la atención por la novedad del concepto y de la técnica; son de Álvarez Bravo, pero su autor no ha de llegar hasta la noche porque trabaja en Contraloría. Es un detalle más que se anota en silencio. Trabaja para vivir y da el descanso al arte. Con razón es simpática su casa.

Álvarez Bravo y su joven esposa saben recibir con sencilla y franca cordialidad al visitante. La personalidad enérgica del artista se impone desde luego, haciendo desaparecer la natural cohibición que se siente al penetrar por primera vez en casa ajena.

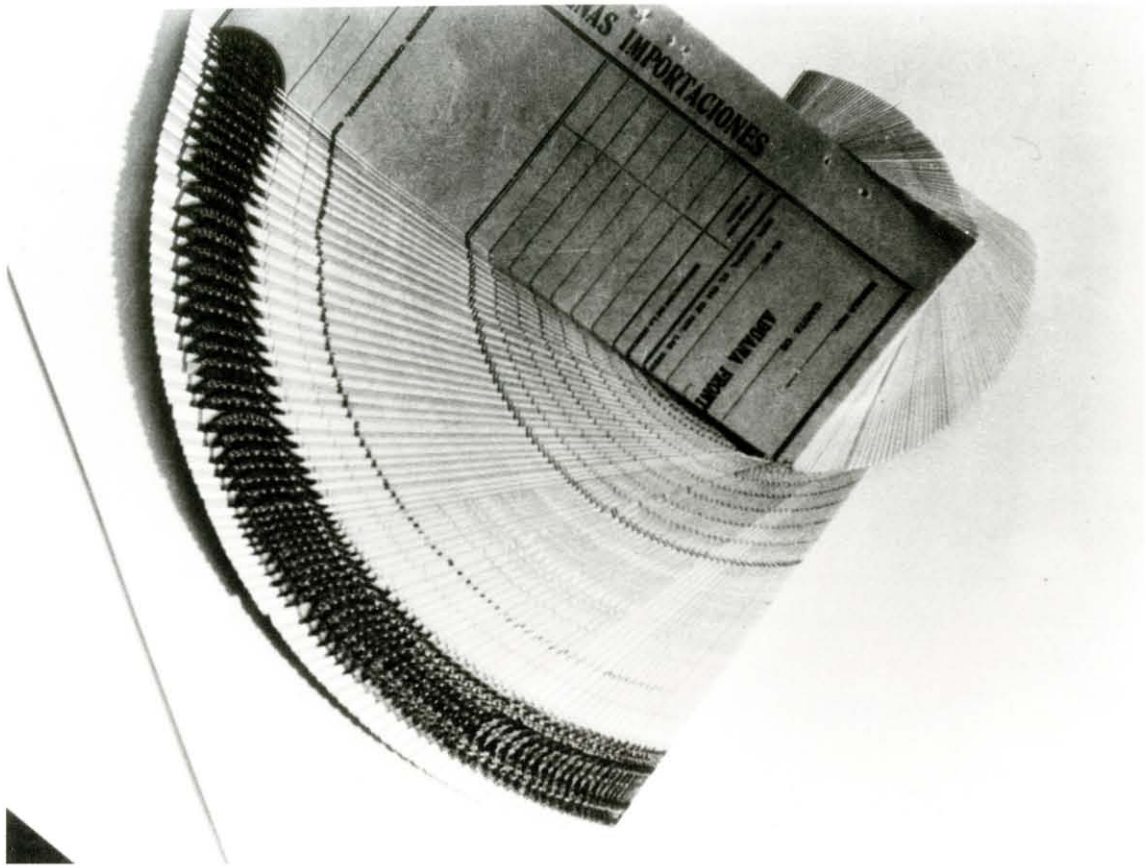
En la plenitud de la vida, activo y ágil, va relatando las ambiciones, las esperanzas y los esfuerzos del trabajo diario, con la modesta sinceridad del luchador seguro de sí mismo. La vida rara vez suele colocarnos en su caprichoso casillero según las probabilidades de nuestras aptitudes o ambiciones, y Álvarez Bravo, como a tantos otros, no se le dio a escoger,

lo que se deseaba ser. Sus aspiraciones le inclinaban al arte pero la dura realidad le encadenó a un empleo, más como él mismo dice; mantuvo con fe la firme decisión de buscarse a sí mismo, cristalizar sus aptitudes y dejar de ser siempre un engranaje. Fiel a sus ambiciones, buscó un medio independiente de expresión, dedicó las horas del descanso al aprendizaje de la técnica fotográfica, y preservando en su silenciosa labor durante siete años, llegó a dominarla, hasta convertirla en dócil instrumento de su arte.

La última exposición de fotografías celebrada en el Teatro Nacional trajo consigo el premio del esfuerzo. Álvarez Bravo sobresalió como no podía menos.

Desde el retrato usual, que pudiera llamarse la fase comercial. Inevitable del oficio por su tema forzado, hasta la composición artística genial y libre, todo revela el vigoroso empuje que lo anima. En los retratos abandona el plasticismo acostumbrado para buscar el sello psicológico y en las composiciones libres alcanza nuevos horizontes. Busca la adaptación del instrumento al medio y por eso, ante el objetivo de su cámara, la trama de una tela y las duras espinas de un nopal resultan obras de arte.

Su esposa, en verdadera comunión espiritual, va especializándose, bajo la tutela del maestro, en retratos de niño.



*Juego de papel III, 1929*

Resta por anotar el fondo jugoso de tal original exposición. Álvarez Bravo estima, con razón, que en México no hay un lugar determinado donde puedan reunirse los artistas, no sólo para exhibir sus obras que por lo general suelen andar diseminadas, sino como centro de intercambio de pareceres y opiniones, de cuyo choque resultarían grandes afirmaciones o nuevas orientaciones de un amplio porvenir.

Con ese fin, dentro de las posibilidades naturales, y en interés común, brinda su casa a los artistas para convertirla en exposición permanente de la moderna pintura nacional, centro de reunión en que encuentren abrigo todas las ideas.

El aficionado que se interese por una obra de arte tendrá facilidad para tratar personalmente con su autor. Se llevarán índices de las obras y listas de domicilios de los artistas, que de esta manera podrán estar siempre en contacto directo con el público, turista y visitante. Y largo sería conjeturar los resultados posibles de este esfuerzo.

Poner la pintura moderna mexicana en forma permanente al alcance de todos y buscar la compenetración espiritual de sus factores componentes, es una empresa original digna de especial elogio, y cuyo mérito se debe sin reservas a la modesta genialidad de Álvarez Bravo.

Fuente: *Revista de Revistas*, núm. 1090, México, 22 de marzo de 1931. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM